

generosa correspondencia. Los Magos son nuestros modelos, los primeros adoradores; permanezcamos dignos de su regia fe hacia Jesucristo; seamos los herederos de su amor, y algún día llegaremos á serlo de su gloria. *Amén.*



LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

*Hæc est dies quam fecit
Dominus.*

«Este es el día que hizo
el Señor.»

(PSALM. CXVII, 24.)

Dios los días proceden de Dios: su bondad es la que mantiene la admirable sucesión de los mismos. Sin embargo, Dios ha dejado seis de ellos al hombre para sus trabajos y necesidades, reservándose el séptimo. El domingo es, pues, más especialmente el día del Señor. Mas entre todos los días hay uno que es y se llama con más excelencia y propiedad el *día de Dios* ó el día de la *fiesta de Dios* (fiesta del *Corpus* en España). Este es verdaderamente el día que reservó Dios para sí, para su gloria y para manifestarnos su amor. ¡La fiesta del *Corpus*! ¡Día hermoso! Fiesta para Dios y también para nosotros: veamos cómo.

I

La fiesta que la Iglesia titula del *Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo* (*festum sacratissimi Corporis Christi*) es el único día consagrado á honrar exclusivamente su Persona adorable, su presencia real y viva entre nosotros. Las demás fiestas celebran algún misterio de su vida pasada: son hermosas, honran á Dios, son fecundas en gracias para nosotros. Pero al fin y al cabo no son más que un recuerdo, un aniversario de un pasado ya lejano que no revive sino en nuestra piedad. El Salvador ya no está en estos misterios: los realizó una vez, y ya luego sólo permanece su gracia en ellos. Mas aquí hay un misterio actual: la fiesta se dirige á la Persona viva de nuestro adorable Salvador, que se halla presente entre nosotros. Por esto se celebra de una manera particular. En ella no se exponen reliquias ó emblemas del pasado, sino el objeto mismo de la fiesta, que es algo actualmente vivo. Por manera que, en los países en que Dios goza de libertad, ¡ved cómo todo el mundo proclama su presencia, cómo todos se prosternan en su acatamiento! Aun los mismos impíos se conmueven é inclinan. ¡Dios está allí! ¡Qué gloriosa es, pues, para la presencia de Nuestro Señor Jesucristo esta fiesta en que todos la reconocen y adoran!

Es también la fiesta más amable. Nosotros no hemos asistido á todos esos misterios de la vida y muerte del Salvador que celebramos en el transcurso del año: nos regocijamos en ellos, porque las gracias fluyen á raudales sobre nosotros. Mas aquí nosotros mismos participamos del misterio; se realiza á

nuestra vista; este misterio es para nosotros, en beneficio nuestro; hay cierta relación de vida entre Jesús que vive en el Sacramento y nosotros que vivimos en medio del mundo; hay una relación de cuerpo á cuerpo; de aquí que esta fiesta no se denomine simplemente *fiesta de Nuestro Señor*, sino *fiesta del Cuerpo de Nuestro Señor*. Por este Cuerpo nos ponemos en contacto inmediato con Jesucristo, que se convierte en nuestro alimento, que se hace nuestro hermano, nuestro huésped. ¡Fiesta del *Cuerpo* de Jesucristo! ¡Cuánto amor no encierra este nombre, tan humilde y adecuado á nuestra miseria! Jesucristo deseó esta fiesta para acercarse más todavía á nosotros, á la manera que un padre espera que su hijo le felicite en sus días, para demostrarle más vivamente su amor paternal y concederle algún favor particular.

Sea, pues, esta fiesta día de singular regocijo, y esperemos de ella los mayores favores. Todos los himnos, todos los cánticos de esta solemnidad expresan este pensamiento, es á saber, que Jesucristo ha de mostrarse más propicio, más misericordioso que nunca. Parece que la Iglesia debiera celebrar esta fiesta el Jueves Santo, puesto que en tal día fué instituida la Eucaristía. Mas en este día de duelo no hubiese podido celebrar con bastante esplendor y magnificencia toda su alegría: el Jueves Santo comienza la Pasión, y sería imposible el júbilo y santa expansión de aquella solemnidad con el pensamiento de muerte que predomina en estos grandes días de la Semana Santa. La fiesta del *Corpus* se retrasó también hasta después de la Ascensión, porque aún quedaban tristes despedidas, tenía que verificarse todavía una dolorosa separación; y se aplazó

hasta después de Pentecostés, para que, llenos ya de las gracias y alegría del Espíritu Santo, pudiésemos celebrar con todo el esplendor posible la fiesta del divino Esposo que habita entre nosotros.

II

La fiesta del *Corpus* es la mayor festividad de la Iglesia. La Iglesia es la Esposa de Nuestro Señor glorioso, de Nuestro Señor resucitado, no de Jesucristo en su nacimiento ó muerte: cuando se realizaron estos acontecimientos, cuando se consumaron estos misterios, la Iglesia no existía todavía. Sin duda que la Iglesia querrá celebrar á su divino Esposo en el Pesebre y en los sufrimientos de su Pasión; pero de todos estos misterios no tendrá sino el recuerdo y las gracias.

Mas Jesucristo se halla con su Iglesia, está vivo en el Sacramento. Los que jamás han entrado en un templo cristiano la creen viuda, la miran como un cadáver, y consideran sus templos como lugares en que no se habla sino de muerte y sufrimiento. Pues bien, he aquí que aquellos mismos que no asisten á sus solemnidades la admirarán hoy bella y rica, hermosa con sus gracias naturales, realizadas más y más por la presencia de Dios, su Esposo. ¡Qué rico cortejo la acompaña! ¡Cómo los fieles doblan sus rodillas! ¡Ella exhibe, muestra á todo el mundo á su dulce Esposo en el radiante viril, en la magnífica custodia! ¡Ah! ¿Quién podrá llamarla viuda en este día? ¡Sus amigos adoran, sus enemigos se muestran respetuosos! Jesús se ofrece á la vista de todos, bendice á los buenos, mira con compasión á los pe-

cautores, los llama y los atrae. El Concilio de Trento llama á esta fiesta el triunfo de la fe, ¡y es la verdad! También pudiera considerarse como el triunfo de la Iglesia por su divino Esposo.

III

En fin, esta fiesta es la nuestra, ¡oh adoradores del Santísimo Sacramento! La Asociación del Santísimo Sacramento, como sus diversas ramas, no existen sino para consagrar á Jesucristo una fiesta del *Corpus* continua. Prolongar esta fiesta durante todo el año; he aquí la ley de nuestra vida y de nuestra felicidad. Nosotros dejamos á otros hijos de la Iglesia el cuidado de los pobres, la curación de las llagas morales y físicas de la pobre humanidad, la administración de los Sacramentos; nosotros no somos llamados más que para perpetuar la fiesta del *Corpus*. Esta es nuestra fiesta especial, la festividad peculiar de nosotros los religiosos. En cuanto á vosotros, ¡oh hermanos míos!, es también vuestra fiesta. ¿No os habéis consagrado enteramente al servicio del Santísimo Sacramento? Durante la noche os retiráis vosotros, y nos confiáis la guardia de Nuestro Señor; las conveniencias así lo exigen; pero dejad vuestro corazón á los pies del divino Rey, y puede decirse que vuestra vida se pasa aquí. Por lo demás, cuando comulgáis, ¿no celebráis en vuestros corazones una verdadera fiesta del *Corpus*? ¡Ah! Ya sabéis qué alegría, qué satisfacción, qué felicidad trae consigo Jesucristo; y aun me atrevería á decir que, para las almas que saben comulgar, no hay más que una fiesta; comulgar. En ello encuentran el

objeto de todos los misterios; á Aquel que los ha consumado y en cuyo honor se celebran, en tanto que la mayor parte de los cristianos no tienen de ellos sino un vago recuerdo.

Aun más: digo que si Nuestro Señor no viviera en su Sacramento, todas las fiestas cristianas no serían otra cosa que funerales repetidos. Pero la Eucaristía es el Sol de las fiestas de la Iglesia: las ilumina y les comunica animación y vida, franca y espiritual alegría.

El alma que comulga bien y á menudo, ha habido razón para que se diga que asiste á un festín continuo *juge convivium*. Vivir con Jesús, en Jesús, de Jesús y por Jesús, es transformarse en un Tabernáculo y en un precioso Copón. ¡ Ah! ¡ Cuánta no es la dulce tranquilidad y la alegría pura é inalterable de esas almas!

Ea, pues, sabed distinguir estos días de todos los demás. Nuestro Señor tiene también sus días de corte: tal es el de hoy. Un Rey no sabe más que distribuir mercedes. Rendidle vuestros homenajes, y Él, en cambio, os lo concederá todo; se dará á sí mismo con mayor efusión de gracias. Él distingue entre sus amigos, y conoce á aquellos á quienes debe colmar más abundantemente de sus gracias. Lo que deseo y anhelo de vosotros en este hermoso día, no es que os hagáis santos, cargados de virtudes magníficas y extraordinarias—¿cuándo lo seríais?—sino que os consideréis felices en el servicio de Dios; y también que Nuestro Señor Jesucristo se comunique á vosotros más tierna y afectuosamente. Al sentiros más amados, os entregaréis más completa é incondicionalmente; y el resultado de estos dos amores, será la unión perfecta. En eso estriba la

santidad y la perfección: pedid con fiabilidad á Jesucristo el llegar á tal estado. Cededle enteramente vuestro corazón. Jesús es un padre tierno y cariñoso, sed para Él hijos amantes: Jesús es un tierno amigo, gustad su amor. Aquel que no ha probado nunca la bondad de Dios, ¡ ay! tiemblo por su salvación. Introduciós, penetrad en esta bondad inmensa. *Sentite de Domino in bonitate!*

